

Luis de Góngora y Argote

Polifemo y Galatea

Publicado en 1612

Versión en prosa con la sintaxis “lógica” o usual de la “Fábula de Polifemo y Galatea” de Góngora

Mario Javier Pacheco García

Al conde de Niebla

Excelso conde:

Escucha estas rimas sonoras que me dictó Talía, culta y bucólica, en las horas purpúreas de la madrugada, escúchalas al son de mi zampoña, ahora que iluminaste tu niebla y que no estás fatigándote en Huelva. Prepara todo, que la pluma sea diestra, frena el caballo, que se apague el cuerno y escúchalas acompañadas de la cítara. Que sean descanso al ejercicio, silencio dulce, ocio atento. Escucha el canto que hace bajo el dosel el músico, y participa en los versos, que si mi fama hace sonar el clarín, tu nombre será escuchado en todo el mundo.

En La orilla del mar de Sicilia, en Lilibeá, donde pudieran estar las fraguas de Vulcano o los huesos de Tifeo hay una gruta cuya entrada cubre una alta roca

Está protegida de robustos troncos que le quitan luz y pureza al aire. La caverna es profunda y en su seno oscuro habitan aves nocturnas, que gimen y vuelan

En esta caverna, bárbara choza, vive Polifemo, horror de aquella sierra. Robusto como un monte, hijo de Neptuno, solo tiene un ojo en la frente, como un lucero. Su cabello negro, despeinado, desaseado. Tiene barba y abundante vellosidad, aún en los dedos de su mano.

No fue Sicilia la que lo llenó de crueldad, producía horror, su piel esta manchada y en las madrugadas robaba el ganado para llevarlo a su caverna

La caverna está rebosada de frutas, heno, cuanta más capacidad tiene, más la llena. Incluso de erizo que es el zurrón (cascarilla) de la castaña, es el mejor alimento

Unió cien cañas con cera y con ellas hace un ruido bárbaro que el eco repite y confunde a la selva, el mar se altera y hasta el caracol de Tritón, que produce también un sonido ensordecedor es roto por el ruido que produce Polifemo.

Galatea, ninfa hermosa, hija de Doris, blanca, de lucientes ojos, llena de atributos, envidia de las ninfas y orgullo del marinero niño y el monstruo Glauco la corteja y la invita a la playa

El marino es joven y rico y tiene tantas gracias como desdenes, igual que Polifemo, por Galatea que no lo escucha. Huye también del marino, quien no la encuentra, le duele el desdén, la busca

Sicilia es siempre fértil y rica en cultivos, trigo, frutas y adora a Galatea, aunque no tenga templo. Sicilia da riqueza a quienes cultivan sus campos pues la tierra, poco avara, vierte su cuerno de abundancia al hortelano, al labrador y ahora hay abundancia en los campos sembrados por jóvenes

En la noche bala el ganado y el lobo aparece para matarlo, mientras el perro descansa

Huye Galatea y logra esconderse tras un tronco, el paraje es tan tranquilo, que somnolienta, se duerme

Acis llega y la ve dormida, observa sus ojos, su boca. Era Acis un joven que enamoraba, como flecha de Cupido, medio hombre, medio fiero. Hijo de la ninfa Simetis, valiente y rico.

Recogió leche, almíbar y miel de panal y se los puso al lado. El ambiente era idílico, el arroyo refresca el calor y en medio de las sombras frescas, la grama se convierte en cama

Galatea despierta y quiere huir, pero no lo hace y encuentra a su lado la leche exprimida en juncos, la miel en corcho, pero no a quien le trajo estos presentes. Piensa que no los debe al Cíclope Polifemo, ni a un sátiro lascivo, sino a un niño dios y examina la ofrenda con mayor cuidado

La ninfa imagina a su benefactor y lo encuentra fingiéndose dormido, de pie, sobre él, queda inmóvil. Lo observa y lo siente como lo había imaginado. Entonces Cupido, el amor le clava su flecha en el pecho. Continúa admirándolo, le parece bello y bebe del amor como si fuera veneno de áspid

Acis finge dormir pero es vigilante, como Argos, el gigante de mil ojos y como un lince penetra el pensamiento de Galatea. Se sacude del sueño y quiere besar las sandalias de Galatea, pero ella, agradada, lo levanta risueña y lo invita a lo cóncavo de una peña, protegida por hiedras, donde hace sombra fresca

En la gruta, sobre una verde y vegetal alfombra se reclinaron y Acis la requiere, pero Galatea lo limita suavemente, se besan y acarician y finalmente hacen el amor, su aliento humo, sus relinchos fuego

De pronto la ninfa escucha el ruido que producen las cañas y la cera y la voz de Polifemo. Se asusta y quisiera ser breve flor, hierba humilde, tierra poca, muerta de amor y de temor no viva. Ha escuchado el trueno de la voz de Polifemo, quien grita

-Galatea, más suave que los claveles, blanca, dulce, que ilumina el mundo, adoro lo que su pie pisa, es sorda a mis lamentos, pero escucha Galatea mi voz por lo que te dice, por dulce, no porque es mía. Soy rico y poderoso, tengo ganados, puedo secar caudales, pero iguales son mis bienes que mis males Poseo néctar, leche, panales de miel, árboles. Soy hijo de Júpiter. Polifemo te llama, no te escondas, soy robusto, soy muy alto, tomo sentado, los frutos de los árboles, y de pie doy sombra, pero puedo escribir mis desdichas con el dedo. Tengo un sol en mi frente

Mi cueva, que carece de piedad, dio por causa tuya, albergue al peregrino, cuando a la playa llegó el naufragio de una nave, que trajo en cajas los aromas del Sabeo y en cofres las riquezas del Cambaya

En la segunda tabla llegó un genovés, que contó el terrible naufragio y lo que se recogió representaba altos dones.

Su voz horrenda penetró el muro de las hiedras y al escucharlo, los amantes corren hacia el mar, Polifemo ve correr desnuda a Galatea y al observar a Acis y se llena de celos. Entonces toma una roca y la arroja sobre el joven y lo aplasta

Muerto Acis, se convirtió en río

Fábula de Polifemo y Galatea

Luis de Góngora y Argote

I

Estas que me dictó rimas sonoras,

culta sí, aunque bucólica Talía,

¡oh excelso conde!, en las purpúreas horas
que es rosas la alba y rosicler el día,
ahora que de luz tu niebla doras, 5
escucha, al son de la zampoña mía,
si ya los muros no te ven, de Huelva,
peinar el viento, fatigar la selva.

Excelso conde: escucha estas rimas sonoras que me dictó Talía, culta y bucólica, en las horas purpúreas de la madrugada, escúchalas al son de mi zampoña, ahora que iluminaste tu niebla y que no estás fatigándote en Huelva.

II

Templado, pula en la maestra mano
el generoso pájaro su pluma, 10
o tan mudo en la alcándara, que en vano
aun desmentir al cascabel presuma;
tascando haga el freno de oro, cano,
del caballo andaluz la ociosa espuma;
gima el lebrel en el cordón de seda, 15
y al cuerno, al fin, la cítara suceda.

Prepara todo, que la pluma sea diestra, frena el caballo, que se apague el cuerno y escúchalas acompañadas de la cítara

III

Treguas al ejercicio sean robusto,

ocio atento, silencio dulce, en cuanto
debajo escuchas de dosel augusto,
del músico jayán el fiero canto. 20

Alterna con las Musas hoy el gusto;
que si la mía puede ofrecer tanto
clarín (y de la Fama no segundo),
tu nombre oirán los términos del mundo.

Que las rimas sean descanso al ejercicio, silencio dulce,
ocio atento y escucha el fiero canto que hace bajo el
dosel el músico, y participa en los versos, que si mi fama
hace sonar el clarín, tu nombre será escuchado en todo
el mundo.

IV

Donde espumoso el mar siciliano 25

el pie argenta de plata al Lilibeo
(bóveda o de las fraguas de Vulcano,
o tumba de los huesos de Tifeo),
pálidas señas cenizoso un llano

-cuando no del sacrílego deseo- 30

del duro oficio da. Allí una alta roca
mordaza es a una gruta de su boca.

En La orilla del mar de Sicilia, en Lilibea, donde pudieran
estar las fraguas de Vulcano o los huesos de Tifeo hay
una gruta cuya entrada cubre una alta roca

V

Guarnición tosca de este escollo duro
troncos robustos son, a cuya greña
menos luz debe, menos aire puro 35
la caverna profunda, que a la peña;
caliginoso lecho, el seno oscuro
ser de la negra noche nos lo enseña
infame turba de nocturnas aves,
gimiendo tristes y volando graves. 40

Está protegida de robustos troncos que le quitan luz
y pureza al aire. La caverna es profunda y en su
seno oscuro habitan aves nocturnas, que gimen y
vuelan

VI

De este, pues, formidable de la tierra
bostezo, el melancólico vacío
a Polifemo, horror de aquella sierra,
bárbara choza es, albergue umbrío
y redil espacioso donde encierra 45
cuanto las cumbres ásperas cabrío,

de los montes, esconde: copia bella
que un silbo junta y un peñasco sella.

En esta caverna, bárbara choza, vive Polifemo, horror de
aquella sierra.

VII

Un monte era de miembros eminente
este que, de Neptuno hijo fiero, 50
de un ojo ilustra el orbe de su frente,
émulo casi del mayor lucero;
cíclope, a quien el pino más valiente,
bastón, le obedecía, tan ligero,
y al grave peso junco tan delgado, 55
que un día era bastón y otro cayado.

Robusto como un monte, hijo de Neptuno, solo tiene un
ojo en la frente, como un lucero

VIII

Negro el cabello, imitador undoso
de las obscuras aguas del Leteo,
al viento que lo peina proceloso,
vuela sin orden, pende sin aseo; 60

un torrente es su barba impetüoso,
que (adusto hijo de este Pirineo)
su pecho inunda, o tarde, o mal, o en vano
surcada aun de los dedos de su mano.

Su cabello negro, despeinado, desaseado. Tiene barba y abundante vellosidad, aún en los dedos de su mano.

IX

No la Trinacria en sus montañas, fiera 65
armó de crüeldad, calzó de viento,
que redima feroz, salve ligera,
su piel manchada de colores ciento;
pellico es ya la que en los bosques era
mortal horror al que con paso lento 70
los bueyes a su albergue reducía,
pisando la dudosa luz del día.

No fue Sicilia la que lo llenó de crueldad, producía horror,
su piel esta manchada y en las madrugadas robaba el
ganado para llevarlo a su caverna

X

Cercado es (cuanto más capaz, más lleno)
de la fruta, el zurrón, casi abortada,
que el tardo otoño deja al blando seno 75

de la piadosa hierba, encomendada;
la serba, a quien le da rugas el heno,
la pera, de quien fue cuna dorada
la rubia paja, y -pálida tutora-
la niega avara, y pródiga la dora. 80

La caverna está rebosada de frutas, heno, cuanta
más capacidad tiene, más la llena

XI

Erizo es el zurrón, de la castaña,
y (entre el membrillo o verde o datilado)
de la manzana hipócrita, que engaña,
a lo pálido no, a lo arrebolado,
y, de la encina (honor de la montaña, 85
que pabellón al siglo fue dorado)
el tributo, alimento, aunque grosero,
del mejor mundo, del candor primero.

También de erizo que es el zurrón (cascarilla) de la
castaña, es el mejor alimento

XII

Cera y cáñamo unió (que no debiera)
cien cañas, cuyo bárbaro rúido, 90

de más ecos que unió cáñamo y cera
albogues, duramente es repetido.
La selva se confunde, el mar se altera,
rompe Tritón su caracol torcido,
sordo huye el bajel a vela y remo; 95
¡tal la música es de Polifemo!

Unió cien cañas con cera y con ellas hace un ruido
bárbaro que el eco repite y confunde a la selva, el mar se
altera y hasta el caracol de Tritón, que produce también
un sonido ensordecedor es roto por el ruido que produce
Polifemo.

XIII

Ninfa, de Doris hija, la más bella
adora, que vio el reino de la espuma.
Galatea es su nombre, y dulce en ella
el terno Venus de sus Gracias suma. 100
Son una y otra luminosa estrella
lucientes ojos de su blanca pluma;
si roca de cristal no es de Neptuno,
pavón de Venus es, cisne de Juno.

Galatea, ninfa hermosa, hija de Doris, blanca, de
lucientes ojos

XIV

Purpúreas rosas sobre Galatea 105

la Alba entre liliros cándidos deshoja:

duda el Amor cuál más su color sea,

o púrpura nevada, o nieve roja.

De su frente la perla es, eritrea,

émula vana. El ciego dios se enoja, 110

y, condenado su esplendor, la deja

pender en oro al nácar de su oreja.

Galatea está llena de tributos de belleza

XV

Invidia de las ninfas y cuidado

de cuantas honra el mar deidades era;

pompa del marinero niño alado 115

que sin fanal conduce su venera.

Verde el cabello, el pecho no escamado,

ronco sí, escucha a Glauco la ribera

inducir a pisar la bella ingrata,

en carro de cristal, campos de plata. 120

**envidia de las ninfas y orgullo del marinero niño y el
monstruo Glauco la corteja y la invita a la playa**

XVI

Marino joven, las cerúleas sienes,
del más tierno coral ciñe Palemo,
rico de cuantos la agua engendra bienes,
del Faro odioso al promontorio extremo;
mas en la gracia igual, si en los desdenes 125
perdonado algo más que Polifemo,
de la que, aún no le oyó, y, calzada plumas,
tantas flores pisó como él espumas.

El marino es joven y rico y tiene tantas gracias como desdenes, igual que Polifemo, por Galatea que no lo escucha.

XVII

Huye la ninfa bella; y el marino
amante nadador, ser bien quisiera, 130
ya que no áspid a su pie divino,
dorado como a su veloz carrera;
mas, ¿cuál diente mortal, cuál metal fino
la fuga suspender podrá ligera
que el desdén solicita? ¿Oh cuánto yerra 135
delfín que sigue en agua corza en tierra!

Galatea huye y el marino no la encuentra, le duele el desdén, la busca

XVIII

Sicilia, en cuanto oculta, en cuanto ofrece,
copa es de Baco, huerto de Pomona;
tanto de frutas ésta la enriquece,
cuanto aquél de racimos la corona. 140

En carro que estival trillo parece,
a sus campañas Ceres no perdona,
de cuyas siempre fértiles espigas
las provincias de Europa son hormigas.

Sicilia es siempre fértil y rica en cultivos, trigo, frutas

XIX

A Pales su viciosa cumbre debe 145
lo que a Ceres, y aún más, su vega llana;
pues si en la una granos de oro llueve,
copos nieve en la otra mil de lana.
De cuantos siegan oro, esquilan nieve,
o en pipas guardan la exprimida grana, 150
bien sea religión, bien amor sea,
deidad, aunque sin templo, es Galatea.

La rica Sicilia adora a Galatea, aunque no tenga templo

XX

Sin aras, no; que el margen donde para
del espumoso mar su pie ligero,
al labrador, de sus primicias ara, 155
de sus esquilmos es al ganadero;
de la Copia -a la tierra, poco avara-
el cuerno vierte el hortelano, entero,
sobre la mimbre que tejió, prolija,
si artificiosa no, su honesta hija. 160

Sicilia da riqueza a quienes cultivan sus campos
pues la tierra, poco avara, vierte su cuerno de
abundancia al hortelano, al labrador

XXI

Arde la juventud, y los arados

peinan las tierras que surcaron antes,
mal conducidos, cuando no arrastrados
de tardos bueyes, cual su dueño errantes;
sin pastor que los silbe, los ganados 165
los crujidos ignoran resonantes,
de las hondas, si, en vez del pastor pobre,
el céfiro no silba, o cruje el robre.

Ahora hay abundancia en Sicilia, en los campos
sembrados por jóvenes

XXII

Mudo la noche el can, el día, dormido,
de cerro en cerro y sombra en sombra yace. 170

Bala el ganado; al mísero balido,
nocturno el lobo de las sombras nace.

Cébase; y fiero, deja humedecido
en sangre de una lo que la otra pace.

¡Revoca, Amor, los silbos, o a su dueño 175
el silencio del can siga, y el sueño!

En la noche bala el ganado y el lobo aparece para
matarlo, mientras el perro descansa

XXIII

La fugitiva ninfa, en tanto, donde
hurta un laurel su tronco al sol ardiente,
tantos jazmines cuanta hierba esconde
la nieve de sus miembros, da una fuente. 180

Dulce se queja, dulce le responde
un ruiseñor a otro, y dulcemente
al sueño da sus ojos la armonía,
por no abrasar con tres soles el día.

Galatea logra esconderse tras un tronco, el paraje es tan tranquilo que somnolienta, se duerme

XXIV

Salamandria del Sol, vestido estrellas, 185
latiendo el Can del cielo estaba, cuando
(polvo el cabello, húmidas centellas,
si no ardientes aljófares, sudando)
llegó Acis; y, de ambas luces bellas
dulce Occidente viendo al sueño blando, 190
su boca dio, y sus ojos cuanto pudo,
al sonoro cristal, al cristal mudo.

Acis llega y la ve dormida, observa sus ojos y su boca

XXV

Era Acis un venablo de Cupido,
de un fauno, medio hombre, medio fiera,
en Simetis, hermosa ninfa, habido; 195
gloria del mar, honor de su ribera.
El bello imán, el ídolo dormido,
que acero sigue, idólatra venera,
rico de cuanto el huerto ofrece pobre,
rinden las vacas y fomenta el robre. 20

Era Acis un joven que enamoraba, como flecha de
Cupido, medio hombre, medio fiero. Hijo de la ninfa
Simetis, valiente y rico

XXVI

El celestial humor recién cuajado
que la almendra guardó entre verde y seca,
en blanca mimbre se lo puso al lado,
y un copo, en verdes juncos, de manteca;
en breve corcho, pero bien labrado, 205
un rubio hijo de una encina hueca,
dulcísimo panal, a cuya cera
su néctar vinculó la primavera.

Recogió leche, almíbar y miel de panal y se los puso al
lado

XXVII

Caluroso, al arroyo da las manos,
y con ellas las ondas a su frente, 210
entre dos mirtos que, de espuma canos,
dos verdes garzas son de la corriente.
Vagas cortinas de volantes vanos
corrió Favonio lisonjeramente

a la de viento, cuando no sea cama 215
de frescas sombras, de menuda grama.

El ambiente era idílico, el arroyo refresca el calor y en
medio de las sombras frescas, la grama se convierte en
cama

XXVIII

La ninfa, pues, la sonora plata
bullir sintió del arroyuelo apenas,
cuando, a los verdes márgenes ingrata,
segur se hizo de sus azucenas. 220

Huyera; mas tan frío se desata
un temor perezoso por sus venas,
que a la precisa fuga, al presto vuelo,
grillos de nieve fue, plumas de hielo.

Galatea despierta y quiere huir, pero no lo hace

XXIX

Fruta en mimbres halló, leche exprimida 225
en juncos, miel en corcho, mas sin dueño;
si bien al dueño debe, agradecida,
su deidad culta, venerado el sueño.
A la ausencia mil veces ofrecida,

este de cortesía no pequeño 230

indicio la dejó -aunque estatua helada-
más discursiva y menos alterada.

Encuentra a su lado la leche exprimida en juncos, la miel
en corcho, pero no a quien le trajo estos presentes

XXX

No al Cíclope atribuye, no, la ofrenda;
no a sátiro lascivo, ni a otro feo
morador de las selvas, cuya rienda 235

el sueño aflija, que aflojó el deseo.

El niño dios, entonces, de la venda,
ostentación gloriosa, alto trofeo

quiere que al árbol de su madre sea
el desdén hasta allí de Galatea. 240

Piensa Galatea que estos bienes no los debe al
Cíclope Polifemo, ni a un sátiro lascivo, sino a un
niño dios

XXXI

Entre las ramas del que más se lava

en el arroyo, mirto levantado,

carcaj de cristal hizo, si no aljaba,

su blanco pecho, de un arpón dorado.

El monstruo de rigor, la fiera brava, 245
mira la ofrenda ya con más cuidado,
y aun siente que a su dueño sea, devoto,
confuso alcaide más, el verde soto.

Galatea examina la ofrenda con mayor cuidado

XXXII

Llamáralo, aunque muda, mas no sabe
el nombre articular que más querría; 250
ni lo ha visto, si bien pincel süave
lo ha bosquejado ya en su fantasía.
Al pie -no tanto ya, del temor, grave-
fía su intento; y, tímida, en la umbría
cama de campo y campo de batalla, 255
fingiendo sueño al cauto garzón halla.

**La ninfa imagina a su benefactor y lo encuentra
fingiéndose dormido**

XXXIII

El bulto vio y, haciéndolo dormido,
librada en un pie toda sobre él pende
(urbana al sueño, bárbara al mentido
retórico silencio que no entiende); 260

no el ave reina, así, el fragoso nido
corona inmóvil, mientras no desciende
-rayo con plumas- al milano pollo
que la eminencia abriga de un escollo,

Y de pie, sobre él, queda inmóvil

XXXIV

como la ninfa bella, compitiendo 265
con el garzón dormido en cortesía,
no sólo para, mas el dulce estruendo
del lento arroyo enmudecer querría.
A pesar luego de las ramas, viendo
colorido el bosquejo que ya había 270
en su imaginación Cupido hecho
con el pincel que le clavó su pecho,

Lo observa y lo siente como lo había imaginado.
Entonces Cupido, el amor le clava su flecha en el pecho.

XXXV

de sitio mejorada, atenta mira,
en la disposición robusta, aquello
que, si por lo süave no la admira, 275
es fuerza que la admire por lo bello.

Del casi tramontado sol aspira
a los confusos rayos, su cabello;
flores su bozo es, cuyas colores,
como duerme la luz, niegan las flores. 280

Galatea continua admirándolo, le parece bello

XXXVI

En la rústica greña yace oculto
el áspid, del intonso prado ameno,
antes que del peinado jardín culto
en el lascivo, regalado seno;
en lo viril desata de su vulto 285
lo más dulce el Amor, de su veneno;
bébelo Galatea, y da otro paso
por apurarle la ponzoña al vaso.

Galatea bebe del amor como si fuera veneno de áspid

XXXVII

Acis -aún más de aquello que dispensa
la brújula del sueño vigilante-, 290
alterada la ninfa esté o suspensa,
Argos es siempre atento a su semblante,

lince penetrador de lo que piensa,
cíñalo bronce o múrelo diamante;
que en sus paladiones Amor ciego, 295
sin romper muros, introduce fuego.

Acis finge dormir pero es vigilante, como Argos, el
gigante de mil ojos y como un lince penetra el
pensamiento de Galatea

XXXVIII

El sueño de sus miembros sacudido,
gallardo el joven la persona ostenta,
y al marfil luego de sus pies rendido,
el coturno besar dorado intenta. 300
Menos ofende el rayo prevenido,
al marinero, menos la tormenta
prevista le turbó o pronosticada;
Galatea lo diga, salteada.

Se sacude del sueño Acis y quiere besar las sandalias
de Galatea

XXXIX

Más agradable y menos zahareña, 305
al mancebo levanta venturoso,
dulce ya concediéndole y risueña,

paces no al sueño, treguas sí al reposo.

Lo cóncavo hacía de una peña

a un fresco sitio dosel umbroso, 310

y verdes celosías unas hiedras,

trepando troncos y abrazando piedras.

ella, agradada, lo levanta risueña y lo invita a lo cóncavo
de una peña, protegida por hiedras, donde hace sombra
fresca

XL

Sobre una alfombra, que imitara en vano

el tirio sus matices (si bien era

de cuantas sedas ya hiló, gusano, 315

y, artífice, tejió la Primavera)

reclinados, al mirto más lozano,

una y otra lasciva, si ligera,

paloma se caló, cuyos gemidos

-trompas de amor- alteran sus oídos. 320

En la gruta, sobre una verde y vegetal alfombra se
reclinaron

XLI

El ronco arrullo al joven solicita;

mas, con desvíos Galatea suaves,

a su audacia los términos limita,
y el aplauso al conceto de las aves.

Entre las ondas y la fruta, imita 325

Acis al siempre ayuno en penas graves;
que, en tanta gloria, infierno son no breve,
fugitivo cristal, pomos de nieve.

Acis la requiere pero Galatea lo limita suavemente

XLII

No a las palomas concedió Cupido
juntar de sus dos picos los rubíes, 330

cuando al clavel el joven atrevido
las dos hojas le chupa carmesíes.

Cuantas produce Pafo, engendra Gnido,
negras viölas, blancos alhelíes,

llueven sobre el que Amor quiere que sea 335
tálamo de Acis ya y de Galatea.

Se besan y acarician

XLIII

Su aliento humo, sus relinchos fuego,
si bien su freno espumas, ilustra

las columnas Etón que erigió el griego,
do el carro de la luz sus ruedas lava, 340
cuando, de amor el fiero jayán ciego,
la cerviz oprimió a una roca brava,
que a la playa, de escollos no desnuda,
linterna es ciega y atalaya muda.

Galatea y Acis finalmente hacen el amor, su aliento
humo, sus relinchos fuego

XLIV

Árbitro de montañas y ribera, 345
aliento dio, en la cumbre de la roca,
a los albogues que agregó la cera,
el prodigioso fuelle de su boca;
la ninfa los oyó, y ser más quisiera
breve flor, hierba humilde, tierra poca, 350
que de su nuevo tronco vid lasciva,
muerta de amor, y de temor no viva.

De pronto la ninfa escucha el ruido que producen las
cañas y la cera y la voz de Polifemo. Se asusta y quisiera
ser breve flor, hierba humilde, tierra poca, muerta de
amor y de temor no viva

XLV

Mas -cristalinos pámpanos sus brazos-
amor la implica, si el temor la anuda,
al infelice olmo que pedazos 355
la segur de los celos hará aguda.
Las cavernas en tanto, los ribazos
que ha prevenido la zampoña ruda,
el trueno de la voz fulminó luego;
¡referidlo, Piérides, os ruego! 360

Galatea está asustada, ha escuchado el trueno de la voz de Polifemo

XLVI

¡Oh bella Galatea, más süave
que los claveles que tronchó la aurora;
blanca más que las plumas de aquel ave
que dulce muere y en las aguas mora;
igual en pompa al pájaro que, grave, 365
su manto azul de tantos ojos dora
cuantas el celestial zafiro estrellas!
¡Oh tú, que en dos incluyes las más bellas!

Bella Galatea, más suave que los claveles, blanca, dulce

XLVII

Deja las ondas, deja el rubio coro
de las hijas de Tetis, y el mar vea, 370
cuando niega la luz un carro de oro,
que en dos la restituye Galatea.

Pisa la arena, que en la arena adoro
cuantas el blanco pie conchas platea,
cuyo bello contacto puede hacerlas, 375
sin concebir rocío, parir perlas.

Galatea que ilumina el mundo, adoro lo que su pie pisa

XLVIII

Sorda hija del mar, cuyas orejas
a mis gemidos son rocas al viento:
o dormida te hurten a mis quejas
purpúreos troncos de corales ciento, 380
o al disonante número de almejas
-marino, si agradable no, instrumento-
coros tejiendo estés, escucha un día
mi voz, por dulce, cuando no por mía.

Sorda a mis lamentos, pero escucha mi voz, Galatea, por
lo que te dice, por dulce, no porque es mía

XLIX

Pastor soy, mas tan rico de ganados, 385
que los valles impido más vacíos,
los cerros desparezco levantados
y los caudales seco de los ríos;
no los que, de sus ubres desatados,
o derivados de los ojos míos, 390
leche corren y lágrimas; que iguales
en número a mis bienes son mis males.

**Soy rico y poderoso, tengo ganados, puedo secar
caudales, pero iguales son mis bienes que mis males**

L

Sudando néctar, lambicando olores,
senos que ignora aun la golosa cabra,
corchos me guardan, más que abeja flores 395
liba inquieta, ingeniosa labra;
troncos me ofrecen árboles mayores,
cuyos enjambres, o el abril los abra,
o los desate el mayo, ámbar distilan
y en rucas de oro rayos del sol hilan. 400

Poseo néctar, leche, panales de miel, árboles.

LI

Del Júpiter soy hijo, de las ondas,
aunque pastor; si tu desdén no espera
a que el monarca de esas grutas hondas,
en trono de cristal te abrace nuera,
Polifemo te llama, no te escondas; 405
que tanto esposo admira la ribera
cual otro no vio Febo, más robusto,
del perezoso Volga al Indo adusto.

Soy hijo de Júpiter. Polifemo te llama, no te escondas,
soy robusto

LII

Sentado, a la alta palma no perdona
su dulce fruto mi robusta mano; 410
en pie, sombra capaz es mi persona
de innumerables cabras el verano.
¿Qué mucho, si de nubes se corona
por igualarme la montaña en vano,
y en los cielos, desde esta roca, puedo 415
escribir mis desdichas con el dedo?

Soy muy alto, tomo los frutos de los árboles sentado, y
de pie doy sombra, pero puedo escribir mis desdichas
con el dedo

LIII

Marítimo alción roca eminente
sobre sus huevos coronaba, el día
que espejo de zafiro fue luciente
la playa azul, de la persona mía. 420

Miréme, y lucir vi un sol en mi frente,
cuando en el cielo un ojo se veía;
neutra el agua dudaba a cuál fe preste,
o al cielo humano, o al cíclope celeste.

Tengo un sol en mi frente

LIV

Registra en otras puertas el venado 425
sus años, su cabeza colmilluda
la fiera cuyo cerro levantado,
de helvecias picas es muralla aguda;
la humana suya el caminante errado
dio ya a mi cueva, de piedad desnuda, 430
albergue hoy, por tu causa, al peregrino,
do halló reparo, si perdió camino.

Mi cueva, que carece de piedad, dio por causa tuya,

albergue al peregrino

LV

En tablas dividida, rica nave
besó la playa miserablemente,
de cuantas vomitó riquezas grave, 435
por las bocas del Nilo el Oriente.
Yugo aquel día, y yugo bien süave,
del fiero mar a la sañuda frente
imponiéndole estaba (si no al viento
dulcísimas coyundas) mi instrumento, 440

A la playa llegó el naufragio de una nave

LVI

cuando, entre globos de agua, entregar veo
a las arenas ligurina haya,
en cajas los aromas del Sabeo,
en cofres las riquezas de Cambaya;
delicias de aquel mundo, ya trofeo 445
de Escila, que, ostentado en nuestra playa,
lastimoso despojo fue dos días
a las que esta montaña engendra arpías.

Trajo el naufragio en cajas los aromas del Sabeo y en

cofres las riquezas del Cambaya

LVII

Segunda tabla a un ginovés mi gruta
de su persona fue, de su hacienda; 450
la una reparada, la otra enjuta,
relación del naufragio hizo horrenda.
Luciente paga de la mejor fruta
que en hierbas se recline, en hilos penda,
colmillo fue del animal que el Ganges 455
sufrir muros le vio, romper falanges;

En la segunda tabla llegó un genovés, que contó el naufragio

LVIII

arco, digo, gentil, bruñida aljaba,
obras ambas de artífice prolijo,
y de Malaco rey a deidad Java
alto don, según ya mi huésped dijo. 460
De aquél la mano, de ésta el hombro agrava;
convencida la madre, imita al hijo:
serás a un tiempo en estos horizontes
Venus del mar, Cupido de los montes.

Otras obras llegaron con el naufragio, lo que representaba altos dones.

LIX

Su horrenda voz, no su dolor interno, 465

cabras aquí le interrumpieron, cuantas

-vagas el pie, sacrílegas el cuerno-

a Baco se atrevieron en sus plantas.

Mas, conculcado el pámpano más tierno

viendo el fiero pastor, voces él tantas, 470

y tantas despidió la honda piedras,

que el muro penetraron de las hiedras.

Su voz horrenda penetró el muro de las hiedras

LX

De los nudos, con esto, más süaves,

los dulces dos amantes desatados,

por duras guijas, por espinas graves 475

solicitan el mar con pies alados;

tal, redimiendo de importunas aves

incauto meseguero sus sembrados,

de liebres dirimió copia, así, amiga,

que vario sexo unió y un surco abriga. 480

Al escucharlo, los amantes corren hacia el mar

LXI

Viendo el fiero jayán, con paso mudo
correr al mar la fugitiva nieve
(que a tanta vista el líbico desnudo
registra el campo de su adarga breve)
y al garzón viendo, cuantas mover pudo 485
celoso trueno, antiguas hayas mueve:
tal, antes que la opaca nube rompa,
previene rayo fulminante trompa.

Polifemo ve correr desnuda a Galatea, y al observar a
Acis se llena de celos

LXII

Con violencia desgajó infinita,
la mayor punta de la excelsa roca, 490
que al joven, sobre quien la precipita,
urna es mucha, pirámide no poca.
Con lágrimas la ninfa solicita
las deidades del mar, que Acis invoca;
concurren todas, y el peñasco duro 495
la sangre que exprimíó, cristal fue puro.

Polifemo toma una roca y la arroja sobre el joven a quien aplasta

LXIII

Sus miembros lastimosamente opresos
del escollo fatal fueron apenas,
que los pies de los árboles más gruesos
calzó el líquido aljófara de sus venas. 500

Corriente plata al fin sus blancos huesos,
lamiendo flores y argentando arenas,
a Doris llega, que, con llanto pío,
yerno lo saludó, lo aclamó río.

Muerto Acis, se convirtió en río